

**Una pequeña joya bibliográfica:  
*Rag. Tintas de abanico* (1920) de Manuel Maples Arce**

Por su extraordinaria rareza, este primer libro de Maples Arce (véanse, en el presente número, las páginas 151-156) constituye una especie de Buque Fantasma en los estudios sobre el Estridentismo mexicano. Tuve la fortuna de encontrar un ejemplar en la biblioteca del Ibero-Amerikanisches Institut de Berlín, y de él procede la presente edición. Para dar una idea de la disposición tipográfica del tomito, se señalan entre paréntesis o corchetes los números de las páginas y se respeta la puntuación, salvo cuando dificulta la lectura. Se han corregido las erratas listadas al final del libro.

KLAUS MEYER-MINNEMANN  
*Universität Hamburg*

Manuel Maples Arce. *Rag. Tintas de abanico*. Veracruz / Barcelona: Catalán Hnos., 1920.

Rag

Tintas de abanico

[9] A una querida sentimental, estas páginas dolientes y ojerasas como ella.

[11] *Lo mismo que esos valeses...*

(13) Lo mismo que esos valeses lánguidos y ojerosos, la he visto pasar por las horas dolientes de algún parque sin rosas, dorada por la tisis de la tarde otoñal.

Sus románticos dedos, alargados como eles, se escurren entre las cebellinas pieles del abrigo, y sus pupilas, dilata- (14) das y vidriosas, parecen mirarme desde lejos, hundidas en la sombra cómplice de un antifaz.

Yo no sé qué encantamiento doloroso perfuma su tristeza, su fatiga, su manera de mirar la vida, que a veces he sentido el ansia de acercarme a su lado, oprimirle una mano y nombrarla en voz baja. Pero una inquietud cobarde me detiene y, sin decirle nada, me quedo silencioso, acongojado, contemplando cómo se pierde entre la som- (15) bra el cansancio musical de su silueta.

Tarde a tarde, la he visto pasar en el estancamiento de esta hora en que las hojas se arrastran perezosamente, como si fueran las últimas palabras de un poema. Siempre lacia, siempre fatigada y envuelta en un delicioso encanto de hospital, en una marchita gracia de cementerio, como diría el duque de Freneuse, me deja la misma impresión conturbadora e inquietante de esos valeses (16) apagados, contritos...

A veces, en el cansancio perfumado de la hora, algún piano romántico se pone a tartamudear:

Sol, mi, mi, re, si, la, la, sol...

Y acorto el paso y me quedo pensando:

—No, si no es ella... ¡Pero se parecen tanto!

—Fa, sol, fa, mi, do, re, mi, re, do...

Y las notas, lo mismo que las hojas, lacrimean en el silencio dorado de la tarde.

[17] *En un restaurant de noche...*

(19) En un restaurant de noche, como esos restaurants de noche de que nos habla Alberto de Merat, charlo con un amigo en una de las mesitas que bordean la pista de baile, y desde allí, sufrimos cómodamente esas masturbaciones lícitas, con pretexto de "hesitation" y pasos (20) de orangután. Atraviesa la sala una mujer esmirriada y transparente, casi transparente, que nos hace una ligera inclinación.

—¿Quién es?

—Una amiga exquisita y ducal, ¿sabes? A mí me da la impresión de un galicismo, o bien, de un tropo decadente...

—¡Estaría deliciosa en un patíbulo!

—¿Quieres que te presente?

—Como gustes.

(21) Abandonamos nuestros asientos y nos acercamos a su mesa.

—El señor de los males ideológicos... —y mi amigo, estereotipa una sonrisa de cigüeña disecada, en tanto que murmuró una frase de ritual, después de besar la punta de sus dedos marfilinos.

Aparece el mesero, impecable y tieso como un príncipe frantzleheriano.

—Cocktail, perdiz, mayonesa, etc., y por último, en su (22) cuba de hielo, triunfal, como una prostituta cara, la champaña de áureo gollete.

Las parejas se masturban musicalmente en la pista y nosotros hacemos remedo de cenar.

Las once y media. Nuestro discreto amigo se retira. La sala se va quedando desierta.

—Ya es tarde, ¿verdad?

—Sí, un poco tarde.

—¿Quiere usted acompañarme?

—Con todo gusto.

[23] Recojo mi sombrero, los guantes y el bastón, mientras ella se acurruca como una gata entre las pieles del abrigo. Y luego, del brazo, como en los versos del dulce poeta de París, dejamos a Henry Lodge que se muera de tedio.

[25] *Una llovizna lenta...*

[27] Una llovizna lenta, aristocrática, dibuja en los cristales empapados sus palotes transparentes. Y en tanto que la sombra, lo mismo que una histérica que se retorciere en los brazos de un estupor melancólico, desfallece en los triedros de esta sala que hace veces de biblioteca (28) teca —tan enorme, tan glacial—, los musicales dedos de mi querida, como lágrimas de gis, van llorando las hojas amarillentas de un volumen. La lluvia es un narcótico.

—Mira— me dice —cómo está la tarde...

—Es un encanto la canción de la lluvia.

—¿Sí? Todo eso es muy literario, pero a mí me entristece y me fastidia. En casa, sin poder salir, solos...

—No tanto. ¿Acaso no te- (29) nemos la amable compañía de Marcel Schwob, d'Annunzio, Villiers de L'Isle Adam?

—No son nuestras amistades muy divertidas que digamos. Prefiero ir a Sa[n]born's.

Las palabras se arrastran perezosamente, casi descoloridas. Llueve.

En las estanterías, las pastas doradas de las enciclopedias voluminosas y los dibujos excéntricos de los li- (30) bros cabalísticos nos humedecen en su sortilegio.

—¿Qué tienes?

—Nada... esta tarde me enferma...

Y nos besamos silenciosamente.

En las vidrieras, una llovizna lenta, aristocrática, dibuja sus palotes transparentes. Y en la calle, lo mismo que un entierro de románticas ojeras.

[31] *Nada más la pragmática...*

(33) Nada más la pragmática dolorosa de un nombre ha sido suficiente para enfermarla. ¿Ven? Ya se ha vuelto a poner ojerosa, y todo, porque he murmurado un nombre, uno de esos nombres complicados de kkk y de www.

Desde hace tiempo vengo (34) observando en ella esa afición por todo lo raro, ese apasionamiento por todo lo ilógico, que atormenta su sensibilidad y excita a la vez sus nervios, sus pobres nervios, dóciles a toda sugestión extraña.

Es una hora de tedio. Nos encontramos en la sala. Ella, sentada al piano, y yo, hojeando un torturante libro de Aloysius Bertrand, mientras que en el cenicero de plata suspira la cinta azulada de un Yubec.

(35) Abandono el volumen y enciendo otro cigarrillo.

—Oye, querida. Hazme favor de tocar algo más serio.

—¿No te gusta esto?

—¡Oh! Ese Harold Weecks es una calamidad.

—¿Entonces...?

—Algo de Lack, Debussy, Ewald Straesser...

—¿Cómo...?

—Ewald Straesser.

—Eduel... Eduel... —y haciendo un gracioso mohín, —¡oh! no aprenderé nunca. (36) Esto es impronunciable.

—Muy bien. Pero ahora no vayas a ponerte mala.

—¡Ah, qué cosas las tuyas!

Y hunde sus dedos exquisitos en el teclado amarillento, mientras vuelvo a la lectura de este libro exótico, curiosamente editado en Amsterdam [sic].

Sobre la alfombra desteñida, el sol quiebra románticamente un es-  
tílete de oro.

[37] *En las horas inglesas...*

(39) En las horas inglesas de estas tardes de otoño (siempre he creí-  
do que estas tardes tienen algo de "spleen") salgo a dar un paseo con  
mi querida.

El sol amarillento cuelga sus desteñidos cortinajes en las fachadas  
brillantes de los palacios de opereta y en- (40) tre la escasa fronda de  
sus jardines artificiales, esos pobres jardines que nos dan la impresión  
—tan dolorosa— de un sifilítico rasurado por un mal aprendiz de pe-  
luquería.

Se va haciendo de noche. El alumbrado destapa en las aceras sus  
pomos de "cold-cream" y se enciende una luz extraña en los ojos qui-  
méricos.

Entramos a un discreto y elegante café de la calle de Plateros.

(41) —¿Té...?

—Sí, té.

—¿Pastas...?

—Sí, pastas.

Nuestra mesa se convierte en un tocador de mujer galante. En el  
centro, sobre un florero de cristal, se desangra una rosa.

—¿Sabes? —murmura ella—, el té es algo muy "chic".

—Querida, voy creyendo que la elegancia es una enfermedad.

—Es posible, pero tan literaria... —y se sonrío li- (42) geramente, y  
su sonrisa menuda y frágil es como el fino burbujeo de los trocitos  
cúbicos de azúcar al hundirse en la bebida áurea y transparente.

Las caras pierrotescas se sueñan en penumbra, medio borrosas y  
movidas, y alguno que otro "smoking" estiliza un anuncio de  
Ma'xim's [sic].

De vez en cuando, se calca en los vitrales que dan hacia la calle la  
silueta de un Chalmers, todo negro y solemne, como un ataúd.

[43] *Y además, cierra los ojos...*

(45) Tiene el cabello de oro, usa los labios en forma de corazón, y  
además, cierra los ojos para mirar la vida. Cuando le presento un ami-  
go, le tiende la mano con cierta negligencia aristocrática y retórica.  
Habla perezosamente, enfermando (46) de tedio las palabras. Y termi-  
na sus frases entre puntos suspensivos de tos.

Bajo las telas caras de sus trajes —tan quiméricas— se adivina la artificial adolescencia de su cuerpo lacio, el trazo exiguo de una pierna de tantálida y una tonalidad verdosa de cadáver. Pero no es esto lo que me preocupa. El bacilo de Kock [*sic*], no tiene importancia. Mi tortura es esa enfermedad, cuyo germen no es por cierto el triponema pálido, sino la (47) espiroqueta un tanto literaria de Pina Menichelli. Esta diátesis ideológica, se me antoja un artículo de lujo importado directamente de la casa de M<sup>me</sup>. Pagés.

Verán ustedes. Por la tarde, antes de salir de casa, viene hasta el salón para decirme que ya está lista.

—Pero mujer, con esas ojeras, pareces un cadáver.

—¿Sí? Eso es lo “chic”: el olor a cementerio, —y me mira con la misma negligencia con que se tira una mo- (48) neda sobre un naípe francés.

Por la noche, después de la cena, se sienta al piano, abandonándose al teclado con una falsa erudición filmesca. Me pide un beso. Nuestras lenguas se diptongan, y ella cierra los ojos, como si quisiera dejarme toda su vida entre mis labios.

No sé qué hacer. Está muy grave mi amor, este amor mío, que tiene el cabello de oro, que usa los labios en forma de corazón y, además, cierra los ojos para mirar la vida.

[49] *Nuestro amigo, el pintor...*

(51) Nuestro amigo, el pintor de cocotas mundanas, nos cuenta un episodio de su vida galante, en esta hora en que el estudio tiene un dorado barniz de encantamiento.

Mi querida, que no entiende el dinamismo gramatical del colorido, pero pronuncia correctamente (52) Beardsley, Kirchner, etc., inquiera, por el extraño retrato de una mujer rubia que nos mira desde un antifaz.

—Fue el invierno pasado —principia nuestro amigo—. En uno de los bailes del Círculo. Estamos en Carnaval.

—Marquesa, es usted tan amable...

—Con todo gusto..., —y del brazo, atravesamos el salón, en que d'Artagnan pasea el romántico penacho de su absurdo sombrero, sonriéndose los dulces ojos de (53) una colombina y, de vez en cuando, pone su nota de contricción el rostro enharinado de Pierrot.

Nos hacemos servir la cena en un reservado y, de regreso a la sala, en uno de los desiertos pasillos del fondo:

—¿Quiere usted hacerme un favor?

—Si es posible...

—Que se quite un momento el antifaz.

—No puedo.

—¿Capricho?

—Tal vez, pero no puedo...

—Sí, si puede usted, ¿verdad que sí?— y en el mo- (54) mento de quitarle la máscara, se escabulle como una colegiala, perdiéndose entre la algazara del salón.

Después, la he vuelto a buscar por todas partes. Aquélla, posee la inquietud de su mirada; la otra, los trazos exquisitos de sus manos ducales, y a veces, alguien me ha rozado con la caricia de su mismo perfume. Pero a pesar de todo, no la he vuelto a ver nunca.

Y en los labios de mi querida, que también es rubia, se dibuja el alfiler azul de una sonrisa.

[55] *Como la dama de las Camelias...*

(57) Como la Dama de las Camelias de Alejandro Dumas, su carne se va martirizando entre opacas puñaladas de tos.

En el "boudoir". Ella se está mirando al espejo, mientras me paseo a lo largo de este saloncillo coquetón y perfumado, como una (58) bombonera. Descorro los visillos de la persiana, agito los guantes impacientemente y le tomo el pulso al reloj.

—Las nueve y media.

—¿Sí? Tenemos tiempo. Susana, el rojo para los labios... Susana, un alfiler... Susana...

Por último, su abrigo, los guantes, qué se yo.

Llegamos tarde, como de costumbre. Ella, que dice que eso es muy de gente "bien", lleva, como la Margarita, como la dulce Marg- (59) garita Gautier de la novela, algunas flores exquisitas en la mano, tal vez para tener un aire místico de retablo antiguo.

Las "aigrettes" declaman un lunario de bismuto; se astillan las minúsculas luces de las joyas, y los absurdos postizos de pagoda dejan caer su hilaza encarrujada sobre las caras angulosas e inquietantes, como calaveras pintadas de albayalde.

Al primer entreacto, viene a visitarnos algún amigo (60) "snob", que habla de sus caballos, de sus queridas, y se despide luego, con un saludo de h de imprenta.

En el "hall":

—Abrígate la garganta. Este marzo es traidor.

- Ya me abrigué bien.  
 —¿Quieres unos bombones?  
 —Sí, unos bombones...

Y de regreso a casa, ya en el fondo de un Merced [*sic*], entre golpes de tos, me dice del encanto de un amor de novela...

[61] *Las ojeras literarias...*

(63) Las ojeras literarias de esa su amiga que encontramos esta tarde en casa de Miss Evergreen, tienen una dolorosa lividez reveladora. Este "leit motive" [*sic*] me oprime el corazón.

Hundidas en la penumbra de la sala, discretean en voz baja, entre sorbo y sorbo de (64) té. Sus siluetas adquieren una insinuación fantástica y me hacen pensar, vagamente, en dos novios de un mismo sexo.

Al despedirnos, me tiende la mano, indiferente, casi glacial; a ella, la besa en silencio, emocionada. En ese beso hay algo así como un enfermizo encanto de presidio, una gracia olorosa a yodoformo...

Cuando llegamos a casa:

—Querida, tienes una amiga interesante. ¿Quién es?

(65) —Una antigua condiscípula; estuvimos juntas en el Sagrado Corazón...

—¿Sí? Y cómo fue "eso".

—¿Qué cosa?

—Vamos, tonta, si no te voy a reconvenir... Cuenta...

—Verás. Fue en el Colegio. Dormíamos en la misma sala. Una noche me dijo que tenía miedo y se pasó a mi cama. Charlamos un rato. Luego empezaron sus dedos sensitivos a jugar con las cerezas de mis senos, (66) a la vez que me besaba, sí, me besaba mucho y me nombraba en voz baja...

—¿Y después?

—Después...

—Pero por Dios, mujer, si no me voy a enojar por eso.

—No, ya no sigo, —y echándoseme al cuello, me entreabre sus labios lo mismo que una flor.

Al otro día, encuentro en su "secretaire" una carta amorosa, con letra de trazos distinguidos y elegantes: letra del Sagrado Corazón.

[67] *A veces el teléfono...*

(69) A veces el teléfono es algo literario. Cualquier crítico anti-mo-



dernista —basta que sea un poco barrigón, use gafas y posea la obscenidad ilustre de una calva erudita, para que sea anti-modernista—, me excomulgaría.

Estoy en mi sala de estudio. Es una de esas salas llenas de muebles atezados y curiosos. ¿Nunca se han encontrado ustedes en una de esas salas? Sí. Muy bien. Hay algunos estantes todos llenos de libros excéntricos, libros de Schiefner, Spence [*sic*] Hardy, etc., y sobre la mesa, como nota risueña, un ramo de claveles que martiriza su cintura femenina en un jarrón de porcelana.

Me levanto, consulto una enciclopedia voluminosa, allí donde dice sí..., y vuelvo a hundirme en el torturante (71) placer de escribir un capítulo de novela a la manera de Huysmans. Súbito, se astilla el timbre del teléfono, lo mismo que un cristal.

—Bueno.

—¿85-74?

—Sí, 85-74...

—Oye...

—¿Cómo, si eres tú, querida! ¿Qué quieres?

—Nada... es decir... quería decirte que la mañana está llena de sol.

—¡Y para eso me hablaste!

(72) —No. Espera. Es que quería decirte que me llevaras al bosque. ¡Está tan lindo el día!

—Me parece bien. Te espero a las once y media.

A las once y media llega toda albeante y luminosa, con un ramo de flores en la mano y una sombrilla tornasol.

—Vámonos, que se hace tarde. ¿Dónde está tu sombrero?... Aquí... eso es... muy bien...

Me toma del brazo; casi no tengo tiempo para probar (73) testar. Ya estamos en el pasillo. Ahora, bajamos de cuatro en cuatro los escalones. Por último, en la calle.

La mañana es como una cabellera rubia, como una cabellera húmeda, que se estuviera secando al sol.

[75] *Calle como de entierro...*

(77) Calle como de entierro, dístico de limonarias y retazos de sol en las fachadas. Mi querida y yo siempre regresamos de nuestros cotidianos paseos crepusculares por esta calle lírica y doliente.

Es una calle triste, afeitada de ruidos. Sólo de vez (78) en cuando, algunas torpes manos atormentan un estudio de Levert y Stark.

En esta calle, calle como de entierro, hay una casa grande, silen-

ciosa, con muchos balcones, todos llenos de tiestos, desgranándose en rosas. Detrás de las románticas vidrieras de uno de esos balcones, se sueña una carucha pálida, unos ojos tristes y unas manos exangües, que pespuntean rítmicamente sobre unos linos eucarísticos.

(79) Siempre nos sonrío, dulcemente, dolorosamente, como si le doliera el corazón.

—¿Qué tendrá nuestra amiga?

—¡Quién sabe!

—¡Siempre está tan triste!

—Tal vez padece la misma enfermedad de aquella lírica rubendarriaca, que era como una rama de durazno en flor...

Hoy volvemos a pasar por esta calle. En la casa no hay nadie y en los tiestos no hay flores.

(80) —¿No sientes que algo nos hace falta?

—Sí. Nos hace falta la carucha pálida, los ojos tristes, las manos exangües...

—Recuerdas cómo sonreía al vernos; siempre sonreía así, dulcemente, dolorosamente, como si le doliera el corazón.

Seguimos por la acera enlazados del brazo. Las gentes pasan a nuestro lado, serias, silenciosas...

—¡Quién sabe quién se ha muerto!

[81] *Tal vez cuando las hojas...*

(83) —Tal vez cuando las hojas...

Desde hace varios días está con eso. No sé lo que querrá decir.

Estamos encerrados en casa. Las tardes se emborronan de gris y de azul, y el jardín se viste todo de amarillo. Como en los dolientes versos de Juan R. Jiménez, los entierros van siendo más temprano, a las cuatro, a las cinco...

Mi querida está enferma; (84) estos últimos días se ha puesto muy enferma. Casi no puede sostenerse; apoyada en mi hombro la llevo hasta su poltrona, cerca de la vidriera y me siento a su lado, a contemplar la tarde, un retazo de tarde que parece esmurciarse entre los dedos tiznados de la hora.

En la discreta penumbra de la alcoba, hablamos a media voz.

—Tal vez cuando las hojas...

—Otra vez, querida. ¿Qué quieres decir con eso?

—Nada.

—¿Entonces?

(85) —Tal vez cuando las hojas... —y se complace en repetir esta frase lírica y doliente. —Tal vez cuando las hojas... es un presentimiento, amor, es un presentimiento...

—¡Qué tontería! Verás. Pronto volverán las mañanas de sol, las tardes claras. Te pondrás buena, y tornaremos a nuestra vida, a nuestra dulce vida de antes.

—¡Ya no será posible!

—Sí, sí es posible. Todo es posible.

—¡Que bueno eres! Mira, (86) házme un favor. Quiero ponerme, aunque sea por la última vez, mi traje azul, el azul pálido, y mi sombrero Ducet, ese que te gusta tanto.

—¡Oh! eso te hace daño. Sé razonable.

—No seas malo... es un capricho... mi último capricho...

Y termina asfixiándose entre golpes de tos.

Hundido en la penumbra del salón, el teclado del Stenway [*sic*] es como la amarillenta dentadura de una calavera.

[87] *Estas rosas marchitas...*

(89) Estas rosas marchitas, disecadas entre las páginas amarillentas de un volumen de versos, me recuerda[n] toda una vida de amor y de novela.

Todo está en la sala como cuando se fue ella. En un rincón, el piano, enormemente abierto, silencioso y (90) empolvado, como una romántic[a] viñeta; abandonado en el diván, su álbum de sonatas, y en la mesa de centro, un guante amarillento, como una mano muerta.

En el jardín, hay un rumor de pasos. Me asomo a las vidrieras. Pero no, no es un rumor de pasos. Son las hojas amarillentas que empiezan a caer. Tenía razón aquella tarde que me pedía su traje, el azul pálido y su sombrero minúscu- (91) lo, para verse al espejo, como la lírica Mimí de la bohemia murgeriana: su última coquetería... Ya no volvería a ver la caída de las hojas...

Y en esta hora de recogimiento, me reclino en el hombro tibio de su recuerdo y me pongo a pensar en ella.

Aquel día, me dijo tal cosa. La otra mañana, estuvimos en tal parte. Y aquella tarde, una de las últimas tardes, me besaba mucho, (92) me besaba mucho, y sus besos eran más hondos, más apagados, más dolorosos...

El silencio se pasea por la casa, lo mismo que un viejo y achacoso sirviente.

\* \* \*

Afuera, en el alma doliente del nocturno, Otoño, el romántico Otoño, devocional de la clorosis y apasionado de la tisis, se ha quedado velando el sueño de una enferma.

[93] Erratas

Página 21.- Abandonamos; p. 53.- Reservado; p. 78.- Tristones; p. 86.- Asfixiándose; p. 86.- Penumbra; p. 92.- Afuera; p. 92.- Otoño.

[95. Índice]

Lo mismo que esos vales... 11; En un restaurant de noche... 17; Una llovizna lenta... 25; Nada más la pragmática... 31; En las horas inglesas... 37; Y además, cierra los ojos... 43; Nuestro amigo, el pintor... 49; Como la Dama de las Camelias... 55; Las ojeras literarias... 61; A veces, el teléfono... 67; Calle como de entierro... 75; Tal vez cuando las hojas... 81; Estas rosas marchitas... 87.